

Solitaria, la casa se veía como un espectro a través de árboles desgarrados que parecían estremecerse por el contacto con sus muros. El verde musgo de la descomposición yacía sobre sus techos húmedos, y las ventanas, insertadas en profundas cavidades, miraban ciegamente al mundo como a través de cuencas sin ojos. Su aspecto era tan aterrador que los niños, al acercarse, dejaban de silbar y de reír y cruzaban al otro lado de la calle.

Al otro lado del campo, unas cuantas cabañas acurrucadas miraban a través de la lluvia, como si se preguntaran qué familia podría ser tan valiente como para establecerse dentro de las sombrías paredes de esa vieja mansión, que durante dos años, al menos, había estado inhabitada.

En una habitación del ático de la casa, dos hermanas yacían en la cama, pero no dormidas. La hermana menor se encogió bajo el temor inspirado por el lugar. La anciana se rio de sus temores infantiles, pero la menor sintió el hechizo del antiguo edificio y tuvo miedo.

—Supongo que realmente no hay nada que me asuste en esta vieja y triste casa —admitió, sin demasiada convicción en su voz—, pero la sensación que me produce es horrible. Madre no debería habernos dejado solos en este horrible lugar.

—Estúpida —la regañó su hermana—, con todos los cubiertos abajo, alguien tiene que estar aquí, por miedo a los ladrones.

—¡Oh, no hables de ladrones! —suplicó la niña más joven—. Tengo miedo. Sigo imaginando que oigo los pasos de un fantasma, muy cerca.

—Ve a dormir, Goosie —dijo la más grande—. Las casas embrujadas no son más que supersticiones. Existen solo en la imaginación.

—¿Entonces por qué nadie ha vivido aquí por dos años? Me dicen que durante cinco años todas las familias se mudaron después de estar aquí por poco tiempo. Todo la atmósfera de la casa es horrible. Y no puedo olvidar cómo la vieja Berkheim fue encontrada apuñalada hasta la muerte, y nadie supo cómo sucedió. ¡Puede que la hayan asesinado en esta misma habitación!

—Ve a dormir y no te asustes hablando del tema. Mamá estará con nosotras mañana por la noche y papá volverá al día siguiente. Ahora ve a dormir.

La hermana mayor pronto se durmió, pero la pequeña yacía acostada con los ojos abiertos, mirando hacia la habitación negra y estremeciéndose ante cada ruido sofocado por el viento o el lejano gruñido de un trueno. Ella comenzó a contar, con la esperanza de hipnotizarse a sí misma, pero ante cada pequeño sonido se sobresaltaba, y perdió la cuenta.

De repente, se volvió y sacudió a su hermana por el hombro.

—¡Edith, alguien está en las escaleras! —susurró—. ¡Escucha!

La hermana mayor encendió una cerilla. La llama de una vela iluminó pálidamente el lugar. Luego se puso una bata y sus pantuflas.

—No vayas. Edith, dime que no vas a bajar. Quizás sea la chica de Berkheim asesinada, Edith, no...

Edith lanzó una mirada de desprecio, fulminante, a su hermana, que yacía en la cama con la cara pálida y los ojos muy abiertos.

—Hay algo moviéndose abajo, y voy a averiguar qué es —dijo.

Tomando la vela, ella salió de la habitación. Su hermana menor yacía en la oscuridad, escuchando el golpeteo de la lluvia en el techo y agudizando los oídos para captar el más mínimo sonido. El ruido de abajo cesó, pero el viento se levantó y la lluvia golpeó el techo en repentinas ráfagas furiosas que hicieron que su corazón saltara violentamente.

Pasaron diez minutos, veinte minutos, y Edith no había regresado.

Una puerta se cerró de golpe y la joven pensó que algo se movía de nuevo, pero el viento comenzó a sollozar y ahogaba todos los demás ruidos. Entre ráfagas, escuchó el sonido portentoso. Cada vez parecía más cercano. Entonces, se dio cuenta de que algo subía las escaleras.

Creyó oír un grito ahogado. El viento se unió a esa voz lastimera en un tono extraño.

Más y más cerca se escuchaba ahora el extraño ruido. Subía las escaleras, paso a paso, y crecía cuando el viento y la lluvia suavizaban sus voces. Pasó el primer rellano y subió lentamente el segundo, mientras la niña esperaba con temor su llegada.

El viento aulló hasta que la casa entera se agitó; pasó junto a los aleros y huyó por los campos como un fantasma cazado. Y los latidos de la niña ahogaban los gritos del viento, porque la presencia ahora estaba en su habitación.

Ella se encogió debajo de las sábanas, una transpiración fría le recorrió el cuerpo. Su imaginación evocaba cosas espantosas: un espíritu incorpóreo venía a destruirla, un cadáver de la tumba, con tierra en la cara, la niña asesinada de Berkheim, con el cuchillo aún ensartado en su corazón, o alguna bestia salvaje, quizás, lamiéndose los labios en codiciosa anticipación del festín que le proporcionaría su cuerpo tembloroso. ¿O sería acaso un asesino que, después de haber matado a su hermana, se proponía completar su sangriento trabajo?

Un destello de relámpago partió el cielo, y el trueno gritó su aterradora advertencia. La chica echó hacia atrás la ropa de cama y se encogió contra la pared, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, temerosa de que otro destello revelara algo demasiado horrible para contemplar.

Lentamente, el ser se arrastró por el suelo, se deslizó sobre la cama y emitió un sonido de agonía.

La niña se sentó, petrificada. Luego, tímidamente, extendió una mano temblorosa, pero rápidamente la retiró temiendo algún contacto horrible.

Nuevamente empujó su mano temblorosa hacia la penumbra, más y más, hasta que tocó algo peludo y húmedo.

Una mano húmeda se cerró sobre la de ella, y la joven se puso de pie, con un grito horrorizado en la garganta.

La mano helada se tensó con un temblor repugnante y la arrastró hacia abajo. Entonces sus sentidos torturados cedieron, y cayó inconsciente sobre la cama.

Cuando despertó era de día. Al lado de ella, en la cama, yacía el cuerpo sangrante de su hermana, Edith, apuñalada en el pecho por el ladrón que había tratado de ahuyentar.

La más joven trataba despejar el rostro de su hermana de los mechones de cabello coagulados, cuya mano gélida se había cerrado sobre la de ella en el último estremecimiento convulsivo de la muerte.